

LA REGENERACION EN CUNDINAMARCA: CLIENTELISMO Y REDES POLITICAS

Elías Gómez Contreras¹

En nuestra historiografía los conceptos de caciquismo, gamonalismo, y clientelismo, en ocasiones han dejado de ser una explicación parcial útil, para convertirse en generalizaciones que no explica nada. Visiones tradicionales y modernas de estos conceptos, tienden a mostrar un cuadro de dominio absoluto de las elites sobre una masa inerte, manipulable, donde se omiten la parte emotiva, la identificación local y personal. Algunos autores, en cambio, sugieren propuestas teóricas y metodológicas interesantes para desarrollar estudios sobre la política y el poder en la sociedad colombiana del siglo XIX. Para Fernán González², por ejemplo, el clientelismo esta ligado a la política local y a su articulación con el Estado nacional. El autor ilustra como en una sociedad desigual, con un restringido acceso a los servicios, el clientelismo se convierte en un mecanismo primitivo y deformado de seguridad social, donde los partidos tradicionales actúan como intermediarios que otorgan bienes y servicios del Estado a las masas populares a cambio de apoyo electoral. Las adscripciones de los individuos al partido además de clientelistas pueden ser voluntarias, lo que señala una identificación, un sentido de pertenencia a una comunidad imaginada más amplia que la comunidad local³. Las marcadas diferencias regionales y el sistema federalista del siglo XIX permitió la consolidación política de los gamonales, los caciques regionales y los caudillos. Con el movimiento centralizador de la Regeneración, a pesar de que la estructura del poder regional continuó siendo fuerte, los políticos regionales se convirtieron paulatinamente en intermediarios entre sus regiones y el poder central. De esta forma aparece el clientelismo en su forma actual, como intermediario entre la administración pública nacional y la local.

A través de los trabajos de François-Xavier Guerra⁴ y Fernando Escalante Gonzalbo⁵ puede identificarse, además de similitudes interesantes entre México y Colombia en la segunda mitad del siglo XIX, una visión alternativa para el estudio del intermediario político. François-Xavier Guerra ha demostrado como en la segunda mitad del siglo XIX el Estado mexicano tenía frente a él a una sociedad tradicional fuertemente jerarquizada, compuesta por comunidades indígenas, haciendas y enclaves señoriales, en las que se mantenían redes de lazos personales y clientelistas. Ante este conjunto las elites ilustradas que gobernaban no tenían otro recurso que imponer restricciones al sufragio, ya que si este gozaba de carácter universal las antiguas autoridades habrían sido elegidas. Esto contradecía las reivindicaciones del liberalismo en torno a la soberanía popular, por lo que tuvieron que autoproclamarse como el pueblo y gobernar de forma autoritaria. Guerra denomina esto como una ficción democrática, e ilustra cómo el caciquismo es la unión necesaria entre los dos sectores heterogéneos. Mientras varios estudiosos del tema se preocupan por hallar un mecanismo para su erradicación, Guerra demuestra como éste es a la vez autoridad local de la sociedad tradicional y miembro del sistema político, por lo que constituye para el Estado el enlace indispensable para gobernar.

¹ Historiador. Universidad Nacional de Colombia.

² Fernán González González, *Para leer la política*, Bogotá, Cinep, 1997.

³ González utiliza el término de “comunidad imaginada” en el sentido que le da Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁴ François Xavier-Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

⁵ Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos Imaginarios*, México, El Colegio de México, 1993.

Al igual que Macolm Deas, Guerra señala el menosprecio por el cacique, la censura de sus compadrazgos, de sus lazos familiares y comunitarios sobre los que se apoya su autoridad. La ficción democrática se refleja en el cacique, las bases ilegales de su poder son las que el Estado moderno pretende eliminar, pero son a la vez un mecanismo eficaz de mantener el control. Parte también de la ficción democrática que en México estaba conformada por las abismales diferencias entre la sociedad y el texto de la Constitución de 1857. Mientras en la sociedad predominaba una fuerte jerarquización en la que eran discriminados en especial los individuos considerados como indios, la tierra pertenecía en buena parte a cuerpos del Antiguo Régimen y los católicos comprendían la gran mayoría de la población, la constitución admitía solo la existencia de mexicanos, consideraba solo la propiedad individual y era de un marcado anticlericalismo. En Cundinamarca, donde también los derechos políticos, civiles y sociales estaban limitados, son visibles las contradicciones entre la sociedad y los principios que se promulgaban desde el liberalismo, el gobierno y la constitución federal.

El análisis de Guerra pretende esclarecer los conflictos entre la sociedad y el Estado, movidos cada uno por diferentes valores. Guerra define el "pueblo" como aquel sector minoritario que ha interiorizado su condición de ciudadanos, mientras los pertenecientes a la "Nación" son los que definen las relaciones de fuerza locales que son justificadas posteriormente por el discurso. Para Guerra esta doble ficción democrática marca toda la realidad latinoamericana, donde a las elites se les ha asignado la doble misión de construir una nación y crear un pueblo. Por su parte, Fernando Escalante Gonzalbo cuestiona la hipótesis de que la acción política debe evolucionar de las formas clientelistas a las formas ciudadanas, ya que esto supone que dichas formas de acción son incompatibles, lo que no es cierto en la práctica. Esta hipótesis además, considera que el Estado ha aumentado su poder político a costa del poder de otras instituciones sociales, y en su calidad de ciudadanos, los individuos no pueden condicionar su obediencia porque la autoridad del Estado no está subordinada a ninguna otra. Para Escalante este esquema no tiene en consideración el factor de la obediencia, la representatividad y las formas de agregación de intereses. La progresiva destrucción de las formas tradicionales de intermediación política no supone un vínculo inmediato de la sociedad con el Estado, ya que las sociedades no están atomizadas y siempre requieren de ciertas configuraciones como las redes, agremiaciones, etc. Además, debe tenerse en cuenta la existencia de políticos profesionales, con intereses distintos a los institucionales, que actúan como intermediarios entre la sociedad y el Estado. Esta mediación entre la autoridad del Estado y los individuos carece de fundamento jurídico, pero no por ello es menos eficaz o necesaria. Escalante plantea que los individuos no están separados de las configuraciones colectivas, sino que pertenecen al mismo tiempo a varias, sin que ninguna de ellas sea un determinante. Escalante otorga especial importancia a la confianza, como elemento que organiza otro tipo de redes de relaciones personales y de la que depende la credibilidad de los políticos y su capacidad para producir vínculos de obligación política. Propone abordar la política considerando la presencia de los políticos profesionales como intermediarios entre la sociedad y el Estado. La función de esta clase política ha sido la reproducción del orden.

Otro de los problemas formulados por Escalante y de vital importancia en este trabajo es el de la moral. El autor se centra en el estudio de los valores que se manifiestan en las conductas, a partir del supuesto de que esos valores ayudan a explicar las conductas. La moralidad no procede de declaraciones de principios generales, ni de deducciones lógicas; la moralidad es el resultado de una práctica habitual, donde operan acuerdos pocas veces explícitos sobre lo bueno y lo malo. Escalante considera que la moral no puede inferirse en actos aislados ni en decisiones particulares, sino en los sistemas habituales de relación. La moralidad pública no es una estructura rígida, sino un conjunto indefinido de ideas acerca de la vida pública, de virtudes para la convivencia y para la organización de la vida política. En este trabajo, teniendo en cuenta que la moralidad no es un ideal abstracto y que puede inferirse en el comportamiento de los actores que intervienen en las disputas políticas, se

pretenden esclarecer las maneras de valorar la vida pública en Cundinamarca, más aún, considerando que la apatía a los caciques, rebasaba la simple oposición a un círculo político contrario, por lo que se convirtieron en representantes de lo desdeñable y nocivo para la sociedad bogotana.

El territorio de Cundinamarca

En el territorio del Estado de Cundinamarca varias poblaciones parecían asfixiarse por las grandes haciendas y no contaban sino con una estrecha área, sin ejidos ni dehesas comunes. A finales del siglo XIX la Sabana de Bogotá estaba controlada por tan solo 30 propietarios, según los cálculos del geógrafo Francisco Vergara y Velasco⁶. Otro geógrafo, Felipe Pérez, consideraba que el territorio de Cundinamarca podía dividirse en dos grandes secciones: la primera incluía parte de la cordillera oriental y la zona del valle del Magdalena, la segunda, las “selvas” del llano. Según Pérez, la primera zona estaba sometida ya al dominio de la civilización mientras que la otra se mantenía en el estado de salvajismo de los tiempos primitivos⁷. En la colonización del occidente de Cundinamarca y de los llanos de San Martín, que había sido decisiva para la consolidación de la economía exportadora de la segunda mitad del siglo XIX, los empresarios bogotanos habían aprovechado los movimientos migratorios, que se convirtieron en mano de obra disponible para la apertura de las laderas templadas. A diferencia de los migrantes antioqueños, los cundiboyacenses que colonizaron se convirtieron en peones o jornaleros y solo después de la segunda década del siglo XX pasaron a ser pequeños propietarios⁸. Durante el auge cafetero en Cundinamarca los dueños y administradores de las haciendas preferían la contratación de trabajadores provenientes de Boyacá y de la región suroriental de Cundinamarca, a la de los nativos de la zona. Para los comerciantes bogotanos esta era una raza fea y descolorida que apenas trabajaba⁹.

Territorio de pueblos, en Cundinamarca la primacía urbana a lo largo de todo el siglo XIX la ejerció Bogotá sin oponentes¹⁰. En el siglo XIX Bogotá creció como un foco de desarrollo económico relativamente aislado del resto de Cundinamarca. La propiedad accionaria de los bancos de la capital se concentró en negociantes y comerciantes locales, excluyendo a los individuos de otros importantes municipios. En Cundinamarca las élites se concentraban en Bogotá. Los habitantes de las localidades habían sido relegados del control del estado por los capitalinos, que los observaban con desdén. El escritor y político Medardo Rivas anotaba que durante un tiempo para los bogotanos, acostumbrados a la sabana y a sus facilidades, ser propietario de tierra caliente era no tener propiedad¹¹. Para los capitalinos su ciudad representaba la civilización y la tierra caliente la barbarie. Durante el federalismo los bogotanos se vieron afectados por su condición de capital de la Unión, capital del Estado Federal de Cundinamarca, y sus pretensiones de autonomía administrativa.

La descripción de Rufino Gutiérrez en 1882, como inspector del gobierno conservador, describe las clases sociales de Cundinamarca: los grandes capitalistas, los propietarios menores y los proletarios¹². Dentro de la segunda clase de la que salían las autoridades locales, Gutiérrez incluye a los caciques políticos, a los matones, a las familias

⁶ Helen Delpar, *Rojos contra Azules*, Bogotá, Procultura, 1994, pág. 196.

⁷ Felipe Pérez, *Geografía Física y Política del Estado de Cundinamarca*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1863, pág. 29.

⁸ Marco Palacios, “Colonizaciones y exportaciones colombianas en la segunda mitad del siglo XIX”; en: *Estado y Clases Sociales en Colombia*, Bogotá, Procultura, 1996, págs. 162-164.

⁹ *Colombia país de regiones*, Medellín, CINEP-El Colombiano, No. 16, 1993, pág. 254.

¹⁰ Fabio Zambrano, *Ciudad y territorio*, Bogotá, IFEA - Academia de Historia, 1993, págs. 92-94.

¹¹ Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*, Bogotá, Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana, 1946, pág. 27.

¹² Rufino Gutiérrez, *Monografías*, Bogotá, Imprenta Departamental, 1920, vol I, págs. 90-92.

medianamente acomodadas, y a los orejones. La agitada vida política de las poblaciones estuvo matizada por la ridiculización, el menosprecio y la intimidación del adversario. La tercera clase, que algunos identifican con la de los indios, carecía totalmente de educación, y vivía en condiciones de pobreza

no pueden compararse con los parias, ni con los ilotas ni con los gitanos, porque aquellos carecen por completo del espíritu de cuerpo que a estos anima; son desventurados seres desprovistos de inteligencia, de educación, de instrucción moral y religiosa y aun de buenos sentimientos; sin aspiraciones; por quienes no se interesa nadie desde que el gobierno español fue expulsado de esta tierra...¹³.

En Cundinamarca, donde ninguno de los dos partidos mantenía el control total del territorio, la afiliación política de los municipios era independiente de la estructura agraria, ya que los municipios liberales y conservadores estaban situados indiferentemente en zonas en que predominaba el latifundio o el minifundio. El apoyo partidista tampoco estaba condicionado por la pertenencia a un determinado sector social. El análisis de Patricia Pinzón Lewin sobre la afiliación partidista de los municipios cundinamarqueses en las elecciones de 1856 y 1930 demuestra que a pesar de los diferentes cambios a que están expuestas las localidades, y por ende sus estructuras sociales, la identificación partidista de los electores en las poblaciones permanece casi inmodificable. Alrededor de los partidos existía una adhesión a nivel local, lo que permitía la formación de una identificación partidista de tipo local y no de índole social. Los partidos políticos no sostenían una agregación social de intereses¹⁴. Las constantes guerras civiles y los conflictos a nivel nacional y regional habían fortalecido paulatinamente las adscripciones políticas de las localidades.

Los individuos se congregaban alrededor del partido a nivel local. Las lealtades, antes que doctrinarias y partidistas, se establecían con el cacique y los líderes locales quienes movilizaban sus clientelas gracias al conocimiento de sus necesidades y de acuerdo con sus estrategias políticas, que correspondían a intereses de los poderes locales¹⁵. La maquinaria política se organizaba siguiendo los líderes locales y sus fortines electorales. El distanciamiento entre los líderes de los partidos y las masas se ampliaba debido en buena parte a las abismales diferencias en las oportunidades de educación. Este hecho no era una exclusividad del territorio nacional: durante el régimen porfirista en México, en una sociedad que contaba con más de un 80% de iletrados, el 84% de los hombres políticos habían realizado estudios superiores¹⁶. El analfabetismo de las mayorías facilitaba el ascenso de los pocos que lograban acceder a la educación, y los sumía en cambio en una desventajosa posición.

Varios historiadores han identificado la aversión de los individuos prestantes a asumir posiciones administrativas a nivel local durante el siglo XIX, vacíos que ocupan hombres más modestos, intermediarios entre las oligarquías y las bases populares, caciques políticos¹⁷. Las razones de la apatía a los cargos administrativos de las localidades, van desde la rudeza de la política provincial hasta la ventajosa táctica de participar solo moderadamente, protegiendo intereses determinados sin definirse más de lo necesario, trabajando en asocio y a través de los líderes locales.

¹³ Idem, pág. 92.

¹⁴ Patricia Pinzón de Lewin, *Afiliación partidista de los municipios colombianos, el caso de Cundinamarca, elecciones del siglo XIX y XX*, Bogotá, UNIANDES-Ciencia Política, 1982.

¹⁵ Fabio Zambrano, "Contradicciones del sistema político colombiano", en *Revista Análisis*, CINEP, sept. 1988.

¹⁶ Francois Xavier-Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, pág. 330.

¹⁷ Malcom Deas, "Algunas notas sobre la historia del caciquismo en Colombia"; en: *Del Poder y la Gramática*, Bogotá. Tercer Mundo Editores, 1993, págs. 212-216. Marco Palacios, "La fragmentación regional de las clases dominantes"; pág. 126. Christie Keith, *Oligarcas, Campesinos y Política en Colombia*, Bogotá, UN, 1986, págs. 155-157.

Daniel Aldana, rasgos de un cacique

Daniel Aldana nació en Manta, Cundinamarca, entre 1831 y 1832. Estudió Derecho en el Colegio San Bartolomé de Bogotá y trabajó como colaborador de algunos periódicos defendiendo los ideales del partido liberal. Se unió a la revuelta liberal en 1861 participando en numerosas campañas militares, y ascendiendo en las filas del ejército hasta alcanzar el grado de General. Su campaña militar en contra de Roman Carranza y la guerrilla de Guasca en 1862 le aseguró la solidaridad local de muchos de sus copartidarios en el nororiente de Cundinamarca, una región en la que su nombre ya era reconocido, y en la que obtuvo victorias militares y electorales para su partido, pese a ser una zona de mayorías conservadoras. Al tiempo que dirigía las tropas del Estado Federal, consolidaba su poder e influencia política como líder de un grupo de liberales de bajo perfil y de militares leales.

Con el apoyo de las alianzas que establecía y de su círculo político, entre quienes se destacan su hermano Vicente, Francisco de Paula y Juan Mateus, y el General Hermógenes Gaitán, Daniel Aldana ocupó la gobernación de Cundinamarca en varias ocasiones¹⁸, se desempeñó como procurador y diputado del Estado Federal, representante y senador de la República. Además, logró que sus aliados consiguieran la mayoría de la Asamblea Federal durante varios períodos. Pero Aldana no fue el único beneficiado. Francisco de Paula Mateus, por ejemplo, fue presidente de la Junta Departamental de Zipaquirá, prefecto de ese departamento, representante de Cundinamarca a la Convención Nacional de Rionegro, diputado, juez del circuito de Bogotá, gobernador del departamento del sur y del Distrito de Bogotá, y embajador de Colombia ante Italia.

El poder político y militar alcanzado por Daniel Aldana le permitió dirigir entre 1876 y 1877 las campañas de occidente y Antioquia, a favor de la causa liberal, con la que resultó victorioso. Después de la rendición de Manizales, Aldana entró al frente de una división de su ejército a Medellín. A finales de 1877 acudió a la Convención Constituyente del Estado de Antioquia y meses después, entre diciembre de 1877 y marzo de 1878 ocupó la presidencia de Antioquia como segundo designado. Su poder llegó a un punto máximo cuando se convirtió en una de las fichas claves del partido independiente que apoyaba a Nuñez y al proyecto Regenerador. Su figura sin embargo continuaba siendo ambigua: era odiado por los conservadores y los liberales radicales e independientes, pero todos, de alguna manera y en algún momento, intentaron ganarse su confianza y aliarse a él. En medio de este ajedrez político Aldana perdió su poder y terminó desterrado.

Las tácticas aldanistas

La ausencia de figuras del Partido Liberal dentro de sus más cercanos colaboradores, generaba rechazo a la figura de Aldana entre los bogotanos, pero al mismo tiempo le permitía articular a su favor hombres de provincia, liberales de los pueblos de Cundinamarca. Las listas de adhesiones que lo favorecían provocaban la burla de algunos periódicos de la capital, pero al tiempo demostraban la participación de sectores populares a su favor. En medio del debate electoral de 1865 en el que apoyaba a Justo Briceño, el periódico "El Telégrafo" recrea la lectura de una lista de adhesiones a la candidatura de Aldana, en la que al final, de forma cándida uno de los asistentes pregunta: "Hombre, ¿estas llamando lista para pagar peones?"¹⁹.

El general no era indiferente a la importancia de la legitimidad política, del reconocimiento y el prestigio social, algo que le era esquivo por su vinculación con los sapos, sus maniobras

¹⁸ Daniel Aldana se desempeñó como gobernador de Cundinamarca entre 1865 y 1867; 1879; 1882 y 1885

¹⁹ *El Telégrafo*, No 5, Bogotá, sep. 28 de 1865.

políticas, sus polémicas campañas militares, su origen de provincia, sus rasgos mestizos, y en especial, por no pertenecer a una de las familias de la clase alta bogotana.

Para un viajero como Ernst Röthlisberger, Aldana era uno de esos pocos *indios* que habían alcanzado posiciones importantes en el gobierno²⁰. El General, por su parte, nunca desestimaba la aprobación o el poco apoyo que podía recibir de alguna personalidad destacada. En 1865, en una carta dirigida por él al redactor de "La Opinión" y en respuesta a varios cargos formulados desde dicho periódico sobre su ilegitimidad y la de los sapistas en la administración y sus artimañas para mantenerse en ella, anotaba:

Salvador Camacho Roldán, diputado de la Asamblea Constituyente, i adversario político, nos reconoció como representantes políticos del pueblo, i estas fueron sus primeras palabras en aquella corporación. Creo señor redactor, que ud no dudara de la veracidad del sr Salvador Camacho Roldan, i lo reputara suficientemente imparcial en sus juicios, cualesquiera que sea la materia sobre que los emita²¹.

El prestigio militar constituía también una buena carta de presentación para el ejercicio de la política. Al igual que Aldana, varios generales del ejército fueron candidatos y ocuparon puestos públicos, aunque la mayoría estaban retirados o pertenecían a ejércitos no regulares. En todo caso, participaban en las elecciones no como militares sino como candidatos de un movimiento²². Sin embargo, para Aldana esto no constituía ninguna ventaja: desde el liberalismo se criticaba su carrera militar calificándola de pobre y poco destacada, al tiempo que los conservadores lo consideraban un sanguinario, por los excesos de fuerza cometidos en las campañas militares en contra de las guerrillas conservadoras de Cundinamarca.

...Aldana asesinó a Bogoya y a su rival Carranza, i para cazar a este como fiera incendió como ochenta casas alrededor de los pueblos de Machetá i Tibirita, con el objeto de que no tuviera ningún asilo un hombre que no cometía más delito que defenderse contra su perseguidor? I que culpa tenían los dueños de esas casa porque Carranza llegara a ellas con su guerrilla? Esto no puede ignorarlo el predicador...²³.

A pesar de no ser un caudillo militar convencional, ni poseer una posición económica elevada, Aldana no dejaba de tener cierto carisma entre sus electores y de inspirar respeto frente a sus adversarios. Además de las experiencias comunes en la vida militar y de los lazos de antecedentes geográficos similares, el General se había convertido en un político exitoso, capaz de mantener para si mismo y para sus aliados parte de los beneficios que otorgaba el control de la administración del Estado.

Aldana y su círculo político utilizaron una gran variedad de estrategias para perpetuarse en la administración del Estado. Con frecuencia hacían circular rumores sobre alteraciones del orden público, posibles reclutamientos o renunciaciones a las candidaturas por parte de sus contrarios.

Muchos dicen que los partidarios del señor Aldana están fuertemente interesados en hacer creer que el orden público está trastornado, porque les conviene que el expresado señor aparezca como el representante de la represión, necesaria para algunos para intimidar y subyugar al partido vencido...Verdad es que muchos opinan que en el estado normal de la sociedad no disponen los gobernantes de tantos elementos como en un estado de alarma, i que es por esto que los empleados amigos de la candidatura de Aldana, quieren a todo trance

²⁰ Ernst Röthlisberger, *El Dorado: Estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Bogotá, 1990.

²¹ *La Opinión*, No.124, Bogotá, julio 5 de 1865.

²² Patricia Pinzón de Lewin, *El Ejército y las elecciones*, Bogotá, Cerec, 1994, pág. 22.

²³ *La Bruja*. No.12. Bogotá, agosto 31 de 1866.

fingir revoluciones para disfrutar de un poder discrecional que los haga omnipotentes en las elecciones²⁴.

Pero en ocasiones recurrió a la fuerza y a la intimidación real de sus contrarios. El General mantenía en acuartelamiento a sus tropas cuando la coyuntura política le era desfavorable, realizada reclutamientos forzosos en días previos a las elecciones para ahuyentar a los votantes, y mantenía con su poder militar una presión constante contra sus adversarios. La milicia siempre fue para él un respaldo a su actividad política. Gracias al dominio ejercido sobre la Asamblea de Cundinamarca, Aldana recibió el apoyo necesario durante los períodos en que ocupó la gobernación, y ejerció una fuerte oposición a las administraciones de los liberales radicales. Los proyectos de los diputados aldanistas se concentraron en la constante modificación de la legislación electoral, el cobro de empréstitos a los adversarios políticos y el entorpecimiento de las labores del poder ejecutivo, cuando no era ejercido por el General.

La maquinaria política de Aldana era, además de numerosa, eficiente. Los gobernadores de los departamentos ejercían un amplio dominio sobre las pueblos y provincias, operaban como agentes electorales del general y canalizaban para su beneficio recursos del Estado. En 1865 sus opositores calculaban que la suma anual de los sueldos de los gobernadores, secretarios y escribientes, y el arriendo de los locales de despacho del gobernador, hacían que los cundinamarqueses contribuyeron forzosamente con la suma de \$8.000, para que Aldana y Mateus tuvieran agentes para trabajar en las elecciones²⁵. Una de las mayores fortalezas del General Aldana eran las alianzas que lograba establecer con otros sectores políticos para mantenerse y extender su poder. Contaba también con cierto olfato para romper las mismas cuando consideraba que era tiempo de cambiar de bando, y no dudaba en atacar con todos los medios de que disponía a sus antiguos aliados si la coyuntura política así lo exigía. Pese a todo, sus acciones estuvieron guiadas por el respeto a lo que él consideraba lo mejor para su partido.

Desde 1863, Aldana se había convertido en el principal aliado de los sapistas, ejerciendo su influencia sobre los círculos electorales de Cáqueza, Fomeque y Chocontá. La alianza le representaba ampliar su capacidad de maniobra política en el Estado Federal, al tiempo que accedía al reparto del botín de la administración pública que monopolizaban los sapos. En 1865 la alianza daba sus mejores frutos: Aldana alcanzaba por primera vez la presidencia de Cundinamarca y los sapos consolidaban su poder hegemónico. Sus desavenencias frente a la figura del general Mosquera lo llevaron a una ruptura definitiva con los sapos en 1867, convirtiéndose en uno de sus mayores detractores en los años siguientes.

A pesar de haber participado en la revuelta liberal que llevo al poder a Tomás Cipriano de Mosquera en 1861, y de haberle brindado respaldo político junto con los sapistas, entre los dos existía una evidente apatía. Se había generado cuando Mosquera ordenó detener a Manuel Murillo Toro, jefe de los radicales, y este acudió a Aldana buscando ayuda. Como presidente del Estado Federal Aldana lo retuvo bajo su jurisdicción al tiempo que intercedía por él. El General Aldana fue destituido y las fuerzas del gobierno central intentaron arrestarlo. Oculto y ante la delicada situación, el general entiende que debe pactar nuevas alianzas. Máximo Nieto, representante de los conservadores, es enviado a negociar con él

El pacto fue este: que él contaba con un círculo de liberales genuino para combatir y derrocar a los sapistas adueñados de Cundinamarca, y que con esos amigos trabajaría por poner una mayoría en la Asamblea; que conseguido esto, lo demás vendría por su propia virtud y podría hacer algo a favor de los pueblos conservadores que yo le atrajera. Por mi parte, le exigí que si llegaba el caso de triunfar, debía reformarse la ley de elecciones en el sentido de que los círculos electorales de Sopó y Funza quedaran sin contrapeso liberal y que con esos diputados

²⁴ *El Telégrafo*. No. 1. Bogotá, agosto 24 de 1865.

²⁵ *El Telégrafo*. No. 2. Bogotá, septiembre 4 de 1865.

podríamos ayudarle eficazmente. Que en las elecciones generales para Presidente, Representantes y Gobernador trabajaría en los círculos citados y en otros pueblos donde tenía amigos, para que votaran por las listas que él recomendara²⁶.

Su oposición al general Mosquera durante los sucesos de ese año le permitieron mantener su poder intacto mientras sus aliados sapistas perdían su hegemonía en el Estado Federal. Los años siguientes, pese a los continuos roces con el radicalismo, fueron de relativa calma. La guerra civil de 1876 unificó temporalmente al liberalismo en contra de los conservadores, y Aldana demostró una vez más su talento en la dirección de campañas militares. Hacia 1880 era ya una de los hombres claves del liberalismo independiente, y mantenía contacto con los conservadores.

Con el radicalismo las cosas se complicaban para Aldana. El general los atacaba desde la administración del Estado Federal, mientras los radicales trataban de destituirlo y de poner trabas a su gestión desde el Senado de la República. Intentaron inclusive asesinarlo a través de la *Salud Pública*, una especie de sociedad democrática organizada en Zipaquirá. Previendo las posibles complicaciones por el poder de influencia de los radicales, Aldana estableció una nueva alianza con Aristides Calderón, gobernador de Boyacá, para que las fuerzas de los dos Estados Federales actuarán conjuntamente en contra de sus enemigos políticos.

Para Rafael Nuñez, el poder de Aldana representaba una amenaza, pero a la vez le brindaba la posibilidad de contar con un valioso aliado. A través de Máximo Nieto y del General Cuervo, Nuñez se aseguró de que el general Aldana no fuera uno de los tantos independientes que empezaban abandonarlo. Para los conservadores, contar con Aldana era vital. Ante la pregunta del senador caucano Juan de Dios Ulloa, sobre los elementos con los que la Regeneración contaba en el interior del país, la respuesta era clara: Aldana la brindaba a la Regeneración tantos hombres como armas tuviera.

En 1884, ante la inminencia de una nueva guerra civil, las distintas facciones políticas buscaron recomponer sus alianzas. A pesar de sus diferencias, los radicales buscaron la cooperación de Aldana a través de Foción Soto: el radicalismo le reconocería al general la legitimidad de su gobierno en Cundinamarca, le admitía el derecho de que designara a su voluntad y sin discusión a su sucesor en la presidencia del Estado Federal, y le garantizaba el respaldo radical a su candidatura a la presidencia de la República en el siguiente periodo, entre otras ventajas²⁷. Una propuesta tan generosa era entendible. Los hombres de Aldana en las afueras de la capital podían determinar el curso de la guerra.

A fines de 1884 Aldana comentaba con Máximo Nieto su opinión sobre las conversaciones sostenidas con los radicales:

Estos señores han venido a tentarme, con el pretexto de la paz, pero en realidad me han dejado comprender que unidas las fuerzas de la revolución con las que yo tengo, podremos derrotar al Gobierno general y devolver a los Estados su autonomía; y que llevada a buen término esta evolución yo seré el factor, el héroe y el aprovechado²⁸.

Nuñez supo manipular la lealtad del general y lo mantuvo a su lado hasta la derrota de los liberales. Pero con el triunfo de la regeneración el poder de Aldana desapareció. Continuaba siendo un político influyente, y "Nuñez atisbaba el momento de libertarse de este

²⁶ Máximo Nieto. *Recuerdos de la Regeneración*. Bogotá, Casa Editorial Marconi, 1924. Págs. 33-34.

²⁷ Gonzalo España. *La guerra civil de 1885. Nuñez y la derrota del radicalismo*. Bogotá, El Ancora Editores, 1985. Pág. 119.

²⁸ Máximo Nieto. *Recuerdos de la Regeneración*. Pág. 223.

incómodo aliado, de quien circulaban rumores de que había estado a punto de pasarse a la revolución"²⁹.

Los conservadores y su maquinaria política

Durante el federalismo los conservadores habían comenzaron a reorganizarse propiciando acuerdos y reacciones conjuntas frente a las políticas liberales, al tiempo que fortalecían los lazos de adhesión a su partido a través la Iglesia y la prensa³⁰. En las distintas localidades la Iglesia desarrollaba importantes actividades como las misiones, la catequización y la construcción de templos. Los periódicos por su parte, se vieron beneficiados por la libertad de prensa durante el federalismo, y sus contenidos se difundían entre sus partidarios a pesar de circular en medio de una sociedad en su mayoría analfabeta. De esta forma, los conservadores actuaron como un partido de oposición, compitiendo en las urnas con los liberales y aprovechando los cortos momentos en que accedían al control de la administración federal para fortalecer aceleradamente su maquinaria política.

Intentaron también alianzas temporales con algunos sectores del liberalismo con el ánimo de ganar posiciones en el gobierno o vetar proyectos en el marco de la Asamblea Legislativa. Pero el monopolio del Estado durante el federalismo por parte de las maquinarias políticas del liberalismo y el hecho de que en Cundinamarca era muy claro, desde los tiempos del sapismo, que *el que escruta, elige*, alentaron a los conservadores a juntar armamento y a promover la resistencia y la ofensiva militar como mecanismo de llegar al poder. La rebelión armada, a nivel nacional o en los estados federales, estaba encaminada a derrotar por la fuerza al liberalismo. Para ello eran también indispensables los caciques y jefes locales conservadores.

A medida que el proyecto político de Nuñez se alejaba de los intereses de la facción del liberalismo independiente, las tácticas de los conservadores se ajustaron para defender el poder: su objetivo no era ya realizar una revolución, sino evitarla. Para ello, en Cundinamarca Nuñez se apoyo especialmente en Máximo Nieto y el general Antonio Cuervo, y en el fortín electoral del nororiente del Estado Federal. Estos agentes electorales constantemente realizaron giras para reunir y evaluar el apoyo de sus copartidarios, así como para comprometer y mantener el contacto con los líderes locales. Fueron además los gestores de acuerdos y alianzas con algunos liberales simpatizantes de Nuñez, una labor que realizaron a pesar de las críticas de los altos jefes del partido como Carlos Holguin, Joaquín Vélez y Carlos Martínez Silva. Los beneficios que obtuvieron para el Partido no fueron pocos:

... la diputación conservadora de los círculos de Sopó y Funza, por medio de esta diputación (conseguimos) el indulto de los que sufrían prisión y persecución por causa de la guerra del 76; conseguimos se devolvieran a sus legítimos dueños las fincas rematadas o embargadas por empréstitos de esa guerra; hicimos devolver al señor arzobispo el seminario y restaurar el culto público antes prohibido; obtuvimos el que nuestros amigos fueran inscritos en las listas de los pueblos en que tenían mayoría los aldanistas, y por este medio alcanzamos mayoría en algunos de ellos, y podíamos ganar las elecciones de municipales; esta posición nos facilitó el obtener nombramientos de alcaldes no perseguidores de los conservadores ni de los señores curas de esos pueblos, y nos ha permitido, no pocas veces, cortar muchos conflictos entre curas y alcaldes en otros pueblos. Ésto no ha costado sino los votos de conservadores que no tenían candidatos propios por quien darlos, y que han resultado decisivos a favor de la facción liberal a la cual hemos ayudado"³¹.

²⁹ Tulio Enrique Tascón. "Historia del Derecho Constitucional Colombiano". En: *Boletín de Historia y Antigüedades*. Bogotá, nov.-dic. 1948. Vol.35 No. 409-410. Pág. 639.

³⁰ Luis Javier Ortiz. "Guerra y Sociedad en Colombia (1876-1877)". En: *Las guerras civiles en 1830 y su proyección en el siglo XX*. Bogotá, Museo Nacional de Colombia, 1998. Pág. 110.

³¹ Máximo Nieto. *Recuerdos de la Regeneración*. Págs. 65-66.

Las alianzas que establecieron fueron para ellos personales, como la efectuada con el general Aldana, con quien establecieron además una relación de amistad, y no con el Partido Liberal. Trabajaron además con sus propios copartidarios a favor de Nuñez, tratando de superar las antipatías existentes, generadas en parte por su aparente neutralidad en la guerra de 1876. La labor del general Cuervo y de Máximo Nieto, con el apoyo del general Daniel Aldana, facilitaron el triunfo de Nuñez y del Partido Conservador en Cundinamarca, además de organizar el apoyo de los conservadores en Boyacá y parte de Santander.

Los inicios de la Regeneración

A diferencia de los conservadores, que durante el período federal empezaron a superar los marcos regionales desarrollando una política opositora de características nacionales, los liberales continuaban cada vez más divididos. Las diferencias entre radicales e independientes parecían irreconciliables en 1878, año en que la competencia entre las dos facciones, durante las elecciones para la Asamblea Legislativa y el Congreso, se desarrolló en medio de disturbios y las acusaciones mutuas de fraude. Al final, cada círculo político había obtenido en parte la victoria: sapistas como Ramón Gómez volvían al Senado acompañados de figuras del partido como Manuel Murillo Toro, mientras los independientes, y en especial, el círculo de Aldana, lograban la elección de Francisco de P. Mateus en la Cámara de Representantes.

La llegada de Daniel Aldana a la Gobernación, en diciembre de 1879, le permitió emprender una lucha frontal contra sus adversarios políticos, en compañía de los conservadores, con quienes empezaba a establecer importantes alianzas, logrando así mejores resultados en las siguientes elecciones. Máximo Nieto explicaba así el éxito de la alianza: "Esto se debió a que en todas partes fueron inscritos los conservadores en las listas de los electores, resultado que devolvió al partido su antiguo brío y convirtió a Cundinamarca en un verdadero baluarte de la Regeneración"³².

Aldanistas y conservadores habían conseguido ser mayoría en la Asamblea Legislativa, pero perdieron la gobernación del Estado Federal frente al general Ibañez. La Asamblea sería el marco escogido para la nueva contienda: desde allí presionan y boicotean las iniciativas del ejecutivo, censuran y obligan a renunciar a los secretarios de Ibañez. Los aldanistas intentan además mejorar a su favor las reglas de juego para el futuro, a través de un proyecto de reforma a la ley de elecciones que suprimiría el gran jurado para reemplazarlo por cinco diputados. Pero el excesivo poder que otorgaba esta propuesta a Aldana cambiaría el apoyo de los conservadores: al final la junta electoral la integrarían cinco individuos elegidos por la Asamblea, y dos elegidos por el gobernador del Estado.

En 1880 aldanistas y conservadores tenían ya el control electoral de Cundinamarca. Con su apoyo, Rafael Nuñez venció a Tomás Rengifo en las elecciones presidenciales, y Daniel Aldana regresó a la gobernación del Estado Federal, en donde no eran mayoría los independientes en la Asamblea. Una de las primeras acciones del cuerpo legislativo fue aprobar una prórroga de dos a cuatro años en el período de administración del gobernador. En el triunfo de los independientes son evidentes ya los oficios de Máximo Nieto y del general Antonio Cuervo, efectuando alianzas y manteniendo la tranquilidad entre los conservadores escépticos ante sus nuevos aliados. Su apoyo les brindó ventajas políticas: aconsejaron a Aldana los nombres de los integrantes de su gabinete, buscando para los cargos más importantes, como la Secretaria de Hacienda, a individuos que contaban con prestigio entre los liberales independientes y los conservadores.

³² Idem. Pág. 68

Aldana aprovechó esta coyuntura política favorable para incrementar sus ataques contra los radicales, desterrándolos prácticamente por completo de la administración federal. La reacción radical no se hizo esperar. A través de la prensa mantuvieron abierto el debate y con hojas impresas, distribuidas y fijadas en las esquinas, invitaron a sus copartidarios a acudir inclusive al asesinato contra sus opositores, señalando por su nombre a las víctimas designadas³³.

Desde finales de 1881 los radicales venían conformando sociedades democráticas, denominadas *Salud Pública*, con el objetivo de defender los principios y las instituciones liberales, según ellos amenazadas por el gobierno federal de Nuñez y el de Aldana en Cundinamarca. Muy pronto se empezaron a generar incidentes, volviéndose comunes las denuncias de conservadores y aldanistas apaleados, así como los excesos de la fuerza pública. Zipaquirá era la localidad donde los enfrentamientos eran más fuertes, debido a la lucha por el control de las salinas. Su administrador, el general Alejo Morales, había emprendido la construcción de un edificio en la salina, dando ocupación a una gran parte de los miembros de salud pública, evento que suscitó la desconfianza en el bando aldanista. La posición del general Morales era confusa. Algunos rumores afirmaban que recorría las localidades de Sopó y de Pacho, en compañía del jefe aldanista Hermógenes Gaitán, para colaborar con los conservadores haciéndoles remesas nocturnas de armas de fuego y municiones.

La Salud Pública de la capital comisionó a la de Zipaquirá para que vigilara e impidiera esos envíos y hostilizaran al general Morales para que renunciara a su puesto, asegurándoles que, de ganar las elecciones presidenciales el radical Francisco Javier Zaldúa, las salinas serían confiadas a Salud Pública³⁴. Los rumores de una asonada para presionar su renuncia llegaron hasta el general Morales, quien advirtió de inmediato a la fuerza aldanista, acuartelada en la casa municipal. Pero el general Hermógenes Gaitán, al mando de la guarnición, recibía al mismo tiempo las noticias de que el general Morales actuaba en común acuerdo con Salud Pública. Al anochecer, un número considerable de integrantes de Salud Pública atacaron la edificación, generándose un combate que duró cerca de 24 horas, y que solo finalizó con la llegada de un batallón de la Guardia Nacional. Durante el enfrentamiento resultó muerto el general Alejo Morales. Las mutuas acusaciones sobre su muerte no se hicieron esperar: algunos habitantes aseguraron que Morales iba al frente de los asaltantes, otros, que había salido a la plaza atraído por los disparos y el ruido. En las semanas siguientes la violencia no disminuyó. Ricardo Becerra, figura del Partido Independiente, fue víctima de un atentado por parte de un grupo de hombres armados en Bogotá, y días después, otro atentado hirió el general Aldana, además de ser asesinado el oficial que lo acompañaba. En la capital se concentraron entonces buena parte de las tropas federales para prevenir nuevos ataques.

Al mismo tiempo, la frágil alianza entre los independientes y los conservadores había empezado a desmoronarse. Líderes como José Eusebio Otálora y Solón Wilches lanzaron sus candidaturas presidenciales, rivalizando con las aspiraciones de Rafael Nuñez. Existían además desacuerdos sobre las políticas adoptadas por Nuñez durante su primera administración. Los liberales con intereses comerciales y nexos con el Banco de Bogotá y otros bancos privados eran bastante críticos frente a la legislación de 1880 y esperaban su derogación. Temían también de que se le entregara el poder a los conservadores. La desintegración de los independientes se había iniciado ya en 1880 cuando Santos Acosta y Eustorgio Salgar se unieron a Santiago Pérez y Aquileo Parra en un comité para dirigir el liberalismo. Para este nuevo intento de unión liberal se escogió a Francisco Javier Zaldúa como candidato presidencial, con el apoyo Julián Trujillo y Salvador Camacho Roldán. Los independientes que siguieron leales a Nuñez fueron en especial figuras secundarias del

³³ Carlos Martínez Silva. *Capítulos de Historia política*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1973, pág. 105.

³⁴ Máximo Nieto. *Recuerdos de la Regeneración*. Pág. 71.

partido en la Costa, Boyacá y Cundinamarca, tales como Ramón Santodomingo, Eliseo Payán y Daniel Aldana. Hacia 1884 los pocos liberales independientes que quedaban no constituían ya un partido ni un movimiento, sino más bien un grupo de satélites que giraban en torno a Nuñez. Algunos periódicos liberales consideraban que Aldana era una figura presidenciable que estaba haciendo turno. Disponía de un ejército considerable, acantonado en las afueras de la capital, y era potencialmente un golpista, como otros. Los conservadores y Rafael Nuñez sabían del poder político y militar de Aldana en Cundinamarca, y a través de Máximo Nieto y el general Cuervo lo mantuvieron como aliado. A comienzos de 1882, en los últimos días de su período ejecutivo, Nuñez designó como representantes diplomáticos al independiente José Eusebio Otálora en España y al aldanista Francisco de P. Mateus en Italia. Ambos nombramientos fueron aprobados sin contratiempos por el Senado, una medida que generó el rechazo de los radicales y que constituía un claro pago de favores.

La muerte del presidente Zaldúa, el 21 de diciembre de 1882, llevó a la presidencia a José Eusebio Otálora, el segundo designado. Los radicales e independientes de Cundinamarca lo recibieron en medio del recelo y del afán por ganar su simpatía, mientras los conservadores, encabezados por los generales Antonio Cuervo, Leonardo Canal y Posada, organizaron reuniones con él para tratar diversos temas. El nuevo presidente se enfrentó con la Asamblea de Cundinamarca, ahora de mayoría radical, por el manejo del impuesto al derecho de degüello, y reconoció a Aldana como gobernador legítimo de Cundinamarca ante la iniciativa de la Asamblea de no reconocer la prolongación de su período de gobierno. A pesar de sus desavenencias con la Asamblea, la llegada de Otálora generó una corta pausa en los enfrentamientos políticos en Cundinamarca.

En octubre de 1883 se rompió la tensa calma cuando Aldana acudió a los reclutamientos forzosos para hostigar la candidatura radical del General Wilches, quien se enfrentaba a Nuñez en las elecciones presidenciales. Estas acciones llevaron a la Corte Suprema Federal a iniciar una investigación en contra del gobernador para establecer su responsabilidad en las irregularidades existentes en la conformación del ejército que mantenía sobre las armas. En febrero de 1884 Nuñez logró su elección en el Congreso, pese a los radicales. En este recinto debían definirse los designados, escogiéndolos entre los candidatos Daniel Aldana y Ezequiel Hurtado. El equilibrado respaldo que tenían entre los diputados estos dos generales independientes hizo que se aplazara la votación, mientras los partidarios de cada uno adelantaban las maniobras para obtener las conversiones necesarias. La confusión que reinaba entre los independientes fue reforzada por el silencio de Nuñez:

Mal síntoma es éste para el partido independiente, porque si en una cuestión relativamente insignificante no pueden conciliarse los intereses divergentes, de suponerse es que cuando llegue a tratarse de la escogencia de candidatos para la próxima presidencia de la Unión, la división llegue hasta el completo rompimiento. Se dice, sin embargo, que la falta de acuerdo que hoy se advierte depende de que el Dr. Nuñez no ha querido indicar ningún candidato para la designatura; lo que quiere decir en otros términos, que cuando el Sr. Nuñez calla en cualquier cuestión importante, entra el desconcierto en su partido³⁵.

Ezequiel Hurtado obtuvo finalmente la designación, y en el mes de abril Nuñez le delegó transitoriamente el poder presidencial. Pero el general Hurtado, influenciado por los radicales, excluyó algunos conservadores de la administración, desatando con ello hostilidades en Cundinamarca, donde además los radicales intentaban desalojar a Daniel Aldana del poder. La nueva campaña de los radicales se desarrolló esta vez en el Congreso, a través de la propuesta de la Ley 11, que desestimaba nuevamente la legitimidad del período de cuatro años del gobierno de Aldana. El Senado, debido a los problemas jurídicos de la propuesta, se abstuvo de votar o intervenir en esta disputa. El general Aldana

³⁵ Carlos Martínez Silva. *Capítulos de historia política*, Págs. 171-172.

devolvería poco después el favor: el Gobierno de Cundinamarca apoyó al gobierno central y al Partido Conservador frente a la revolución radical en Santander.

Crisis y afianzamiento de la Regeneración

Hacia 1884 el declive de las exportaciones de tabaco y quina agravaba la situación de la ya frágil economía del país. El café aún no se posesionaba como un importante producto en las exportaciones y su precio se mantenía bajo. Esto último empezó a generar grandes pérdidas en Cundinamarca, especialmente donde se habían hecho grandes plantaciones estimuladas por los precios anteriores. La aguda depresión económica mundial tuvo serias repercusiones en Colombia, agotándose las reservas metálicas a medida que bajaban las exportaciones. La caída inevitable de los ingresos de aduana, que representa unas dos terceras partes de los ingresos del país, aumentó el déficit fiscal. El gobierno enfrentó dificultades para pagar los sueldos de los empleados de correos y del telégrafo, y el reclutamiento y la búsqueda de recursos a través de impuestos aumentaron la impopularidad del gobierno.

En 1884, Nieto fue comisionado nuevamente para realizar una gira por Cundinamarca y Boyacá, para que elaborara un informe sobre las fuerzas que podrían llegar a reunirse en apoyo de la Regeneración. Su recorrido se centró, de nuevo, en el nororiente de Cundinamarca y comprometió a las personas prestantes de las localidades. Por su parte, Aldana enfrentaba rebeliones en su contra en las poblaciones de Sesquilé, Facatativá y Chocontá. Pero de mayor repercusión y proporciones fue el ataque de Ricardo Gaitán Obeso a la población de Guaduas. El general Aldana solicitó el apoyo de Rafael Nuñez, pero éste adoptó una posición conciliadora hasta el final de los disturbios. El presidente no quería apoyar y fortalecer a Aldana, pero tampoco atacar directamente a los radicales. El estallido de la guerra civil había obligado a Nuñez al cobro de empréstitos forzosos a los liberales enemigos del régimen de Cundinamarca, mientras el dominio de Gaitán Obeso sobre el Magdalena restringía a los alrededores la venta de sal de Zipaquirá, recurso importante para el Estado.

El apoyo de Aldana a uno de los bandos en esos momentos era decisivo. Sus hombres en las afueras de la capital podían impedir o facilitar el avance de los rebeldes. Alertado de la situación, Nuñez realizó una visita solemne a Aldana, y después de saludos y cumplimientos, le entregó un bastón presidencial, señalándolo con este gesto como su más probable sucesor. Aldana, halagado por la actitud del presidente, les comunicó a los radicales que continuaba aliado al gobierno central. Al final, la revolución en el interior resultó ser mucho más débil de lo presupuestado; el gobierno volvió a tomar Honda mientras las tropas radicales eran derrotadas en Cauca y Antioquia. El final, para Aldana, no era bueno:

El ejército del General Aldana debió ser recibido aquí en Bogotá con los honores del triunfo, pero los rumores que habían corrido de que este jefe había estado a punto de pasarse a la revolución y la mala voluntad que le profesaba el ejército de reserva, impidieron que esto se hiciera y hubo que entrar a la ciudad por batallones en diversos días³⁶.

Nuñez empezó a restarle influencia política a Aldana, dividiendo el territorio de su jurisdicción mediante la creación del Distrito Capital, para el cual nombró gobernador al general conservador Jaime Córdoba. El coronel Antonio Roa Díaz, con un batallón organizado en el oriente de Boyacá, entró al edificio de San Francisco y obligó al general Aldana a ordenar que los cuerpos de su mando depusieran las armas. Aldana fue apresado, mientras Nuñez ordenaba que se le guardaran todas las consideraciones que merecía, agregando: "excite usted a nuestros amigos a que perdonen la última flaqueza de dicho

³⁶ Máximo Nieto. *Recuerdos de la Regeneración*. Pág. 240.

general y sólo se acuerden de los grandes servicios que prestó"³⁷. Sin embargo, pronto fue desterrado.

Con la Constitución de 1886 los estados, que alguna vez fueron soberanos, fueron reducidos a la situación de departamentos, subdivididos para fines administrativos en provincias y distritos municipales. Los departamentos serían administrados por gobernadores, designados por el presidente para períodos de tres años, y por las asambleas departamentales a las que se daba limitada jurisdicción sobre educación primaria y asuntos que afectaran la economía local. El exilio de otros jefes liberales en 1887 y el deterioro cada vez mayor de los independientes terminaron por consolidar el proyecto regenerador y la implantación de un orden social basado en la ideología religiosa, la exclusión de los contrarios políticos y la persecución de todo lo que pudiera ser visto como protesta social.

³⁷ Tulio Enrique Tascón. "Historia del Derecho Constitucional Colombiano". En: *Boletín de Historia y Antigüedades*, Bogotá, Vol. 35 No. 409-410, Nov-dic 1948, pág. 641.